

ACTA No. 1315
PRIMER PERIODO ORDINARIO DE LA XLVIII LEGISLATURA
SESIÓN ESPECIAL
REALIZADA EL 10 DE SEPTIEMBRE DE 2015
PRESIDE: EL SEGUNDO VICEPRESIDENTE, SR. ROQUE JESÚS

En la ciudad de Paysandú, se reunió en sesión especial la Junta Departamental el diez de septiembre de dos mil quince; el acto comenzó a las diecinueve horas y dieciséis minutos y contó con la asistencia de los siguientes señores ediles:

TITULARES

ALONZO, Valeria	ILLIA, José
BENTOS, Pablo	JESÚS, Roque
CASTILLO, Emanuel	LAXALTE, Juan
DIGHIERO, Jorge	PASTORINI, Hermes
BUCHNER, Mauro	ORTIZ, Elsa
GALLARDO, Washington	OTEGUI, Miguel
GENOUD, Jorge	PIZZORNO, Javier
GENTILE, Francisco	TECHERA, Dahian
GÓMEZ INDARTE, Gabriela	TORTORELLA, Marcelo
ÍFER, Ignacio	COLACCE, Alejandro
CIRÉ, Roberto	

SUPLENTES

FREITAS, Sonia	BARTABURU, Jorge
FAGÚNDEZ, Marcelo	FLORES, Viviana
SUPERI, Nicolás	SAN JUAN, Ana
LISTUR, Adela	MARTÍNEZ, Williams
LEITES, Libia	MARTÍNEZ, Carmencita
VEGA, Pablo	KNIAZEV, Julio
BÓFFANO, Aldo	CASTRILLÓN, Sandra
GUADALUPE, Caballero	BARTZABAL, Rafael
CABILLÓN, Rosanna	SILVIA, M ^a Nidia
CRAVEA, Edys	MENDIETA, Beder
AMOZA, Luis	BENÍTEZ, Nair
LACUESTA, Sandra	PINTOS, Robert
CARBALLO, José	SUÁREZ, Claro
BERRETTA, Mario	BIGLIERI, Humberto
TESKE, Nelda	BALPARDA, Carlos
MOREIRA, Mabel	QUEIRÓS, Ricardo
DÍAZ, José	SUÁREZ, Luis

Asisten, además, autoridades departamentales, civiles y público en general.-

Actúa en Secretaría la Directora General Interina, señora Graciela Inthamoussu.-

HOMENAJE AL POLÍTICO, MILITAR Y CAUDILLO, GRAL. APARICIO SARAVIA

SR.PRESIDENTE (Jesús): Habiendo número suficiente, comenzamos la sesión especial en homenaje al general Aparicio Saravia. Por Secretaría se dará lectura a la moción.

SRA.DIR.^a INT.(Inthamoussu): Moción de los señores ediles del Partido Nacional, Ignacio Ífer, Nidia Silva y Nelda Teske. Dice lo siguiente: *“Aparicio Saravia nació el 16 de agosto de 1856. Fue un político, militar y caudillo del Partido Nacional. Fue el cuarto hijo de los 13 habidos por el matrimonio brasileño, conformado por Francisco Saraiva y Pulpicia da Rosa –su apellido se castellanizó como Saravia al radicarse en Uruguay. Aparicio fue criado y educado principalmente en el campo. Dado que en aquellos tiempos políticos y sociales las fronteras no estaban del todo delimitadas claramente, los hermanos Saravia tenían vínculos muy estrechos con Río Grande del Sur, entre ellos, con los movimientos revolucionarios riograndenses y uruguayos. Uno de los principales postulados políticos esgrimidos por Saravia y el Partido Nacional, estaban dirigidos a establecer un sistema electoral eficaz y confiable. Estos, fueron quedando consagrados poco tiempo después a través de leyes y prácticas electorales, permitiendo una renovación regular de las autoridades de gobierno y un adecuado desenvolvimiento del sistema institucional, conforme a las normas de la Constitución, mediante un sistema de elecciones que ha alcanzado un reconocido prestigio por su corrección. A su vez, fue el último gran caudillo, ya que tras su muerte, aquella vieja fórmula de hacer política encontraba, también, su fin, principalmente, por las garantías institucionales que se lograron, según sus partidarios, gracias a los enfrentamientos de Aparicio Saravia. Aparicio Saravia falleció el 10 de septiembre de 1904 en ocasión de la batalla de Masoller. Con su sombrero y su poncho blanco, elementos emblemáticos de su figura, se fue el gran caudillo que tuvo el Partido Nacional. Fue sepultado en el panteón de la familia brasileña Pereira de Souza. En 1921 por gestión de Luis Alberto de Herrera, entonces Presidente del Partido Nacional, sus restos fueron repatriados y sepultados en el cementerio montevideano de El Buceo; poco tiempo después fueron trasladados a Santa Clara de Olimar, donde descansa junto a su familia. Por su aporte a la historia de nuestro país, sería oportuno que el 16 de agosto del corriente se lo recuerde realizándole un merecido homenaje en esta Sala. Por lo expuesto, solicitamos que el Cuerpo nos acompañe, previo a una sesión ordinaria del Cuerpo, a realizar una sesión especial en homenaje al General Aparicio Saravia”.*

SR.PRESIDENTE (Jesús): Acto seguido, iniciamos la parte oratoria por los ediles mocionantes. Tiene la palabra el señor edil Ífer.

SR.ÍFER: Gracias, señor presidente, colegas, compañeros, vecinos, oyentes y todos los que están escuchando este homenaje a Saravia. Vale la pena agradecer también a la Mesa, que mediante un agregado a la moción de un edil del partido de gobierno, se le dio potestad para organizar esto y hubo muchos temas importantes que atender. Aparicio Saravia tiene como fecha de nacimiento el 16, después el primero, que es cuando lo hieren. Y hoy estamos conmemorando la muerte del general Aparicio Saravia; la muerte del general Aparicio Saravia en lo físico, pero vamos a contarles a ustedes por qué las ideas siguen vigentes en todos los orientales y más en un año que creo muy

propicio para hacerle un homenaje. Estamos a un año de los últimos comicios, y nos parece importante en este año de transición, recordar a aquellas personas que regaron con sangre, que lograron la posibilidad del voto universal y que hoy tengamos una democracia, como la entendemos, con el voto directo y la forma de ser elegido y ungido por el pueblo que antes de las revoluciones saravistas lejos estaba de ser de esa forma.

No quiero ceñirme solamente a la parte biográfica, a pesar de que es muy rica. A mí siempre me gusta leer la historia a través de biografías, porque creo que es mucho más entretenida y la personifica. Pero en este caso estaría bueno ver la vigencia, lo que podemos rescatar para nuestra patria y, sobre todo, también, para el acontecer político nacional en el devenir del país.

Aparicio Saravia nació el 16 de agosto de 1856. Como dije, es el primer hijo oriental de una familia brasileña. Enrique Mena Segarra y otros autores, cuentan de su niñez –uno de los hijos de “Chico” Saravia, como le llamaban al padre– de lo más inquieto y audaz. De hecho, como mano derecha de la familia –como se usaba antes en esos tiempos– estaba su hermano mayor Gumersindo, quien sería mentor en armas, después de Aparicio, en la Revolución de Río Grande del Sur. Como segundo hijo mayor estaba Basilicio, que después fue colorado, pero el padre le había encomendado una misión que era un almacén de ramos generales. Y en el momento de ver el futuro, en qué quería colaborar la familia en el crecimiento de un niño, de un joven, como cualquier otro, como los de ahora pero con realidades totalmente diferentes, piensa para Aparicio el grave error o la ilusión de mandarlo a estudiar a la capital. Ahí lo internan en un colegio pupilo y dura muy poco tiempo. Enseguida junta unos pesos –porque no es como ahora, no andaba con plata– se compra un petiso, se escapa de Montevideo y regresa a Cerro Largo abandonando los estudios. Eso demuestra lo muy inquieto que era desde chico. Y traigo a colación recuerdos de su vida, porque es importante saber que ya su grandeza como libertador y como caudillo alzado en armas, la empieza a ganar desde muy joven; para algunos autores como Enrique –recién lo nombraba–, a los 16 años, para otros a los 13. En esa venida de Montevideo a sus pagos se cruza con el general Juan “Lanza Seca”, lugarteniente de Timoteo Aparicio, que fue el que encabezó la Revolución de las Lanzas en el 70. Ahí se gana el primer apelativo de “Cabo Viejo”, por su fuerza, por su empuje, por su forma de entender que hay cosas más importantes que la vida, que es el honor y otros valores que en el momento y en esa época eran entendidos cabalmente.

Después, pasa un tiempo de paz, crece trabajando a la par de los peones que había en el campo del padre. Cuando es adulto, Gumersindo le pide permiso al padre para llevarlo a la Revolución de Río Grande del Sur. Y ahí su gesta, su forma de guiar a los “gaúchos” alzados y su conocimiento de terreno. Gumersindo, como hizo Lavalleja con Oribe, siempre lo mandaba primero, porque conocía el lugar y tenía el amor de la gente, y después, con el Estado mayor en armas, llegaba a la Batalla de Río Grande. Y así lo hizo muchas veces, hasta que Gumersindo muere. Por primera vez en la historia de un país, pocas veces vista, el General de la Revolución no es de esa nacionalidad, es nombrado por todos los brasileños y los riograndenses como General, en lugar de Gumersindo Saravia que sí era brasileño. Es importante saber la magnitud que ya a temprana edad iba adquiriendo la figura de Aparicio Saravia.

Luego viene la conocida Revuelta del 96, en donde hay una demostración de armas, donde se dice que esa vez fue el momento donde la Revolución Saravista y la Revolución Blanca estuvieron mejor organizadas. Después de esa demostración Aparicio Saravia estuvo como emblema y espíritu de la tropa y el coronel Diego Lamas como estratega y táctico de las batallas. En esa guerra se consiguieron muchas cosas. Hubo un antes y un después de la Revolución del 97. En la Revolución del 97 se cambió para siempre el sistema electoral. Eso lo veremos posteriormente porque queremos compartir con ustedes lo diferente que era esta revolución de otras. No se trataba de guerrear y alzarse en armas para obtener el poder, sino para obtener el derecho al voto libre, el derecho de la representación proporcional y después sí, todos debajo de la misma regla, poder disputar, por intermedio del voto, el gobierno nacional. En el 97 se logran –recordemos que en los departamentos no había intendencias, sino jefaturas– seis jefaturas a pedido del Partido Nacional –no las recuerdo de memoria pero creo que eran San José, Cerro Largo, y otras del centro del país. El presidente Idiarte Borda no lo entendía así y en ese momento se precipitó lo que fue la Revolución del 97. Después se produjo, en Tres Árboles una gran batalla, cerca de nuestro departamento –es una batalla olvidada, que dicho sea de paso hay un monumento en ruinas que nadie mantiene hoy en día, quizás alguno de mis pagos lo ha visto por allá. En esa revolución del 97 –revolución del Partido Nacional– conseguimos la representación. Se consiguió que en los departamentos donde los ciudadanos eran mayoritariamente blancos hubiera representantes blancos. Para asimilarlo de alguna forma, las jefaturas eran como antiguamente eran las juntas locales; por ejemplo, aunque en Guichón hubiera mayoría de un partido, quien designaba su representación era el intendente. Y era de usanza del presidente en ese entonces y posteriormente de Batlle –y ese fue el motivo de la revolución de 1904– la violación de un pacto. Tal es así que esas jefaturas no fueron respetadas y se ponía a gente del partido de gobierno o aquellos blancos afines –los blancos que Aparicio llamaba “calepinos”. En fin, todo eso llevó a que se implante en el país una situación de dos gobiernos, que fue la excusa política que daba –en 1904– el presidente Batlle y Ordóñez para empezar la guerra.

Había momentos donde el presidente iba hasta “El Cordobés” a consultarle al general Saravia, a ver si se hacía esto, lo otro, si estaba de acuerdo y por dónde seguían. Entonces, ese momento de tensión llevó a la guerra de 1904, que derivó después en lo que ustedes conocen como batalla de Masoller, que dio muerte a Saravia y a la última revolución. Esa es la parte histórica.

Quiero referirme –para dejarles algo como reflexión– a la importancia de la idea. ¿Por qué seguimos hablando de la idea y recordando a Aparicio después de 111 años de su desaparición física? ¿Por qué aún muchas familias, generación tras generación, ponen ese nombre a sus hijos, cuando Aparicio ni siquiera es un nombre, sino un apellido que tomó como nombre don “Chico” Saravia para ponerle a su tercer hijo? ¿Por qué en el día de ayer, en pleno siglo XXI, en el Modernismo, se hace una vigilia al pie del monumento del General Saravia, juntando a miles de jóvenes? -vigilia que duró toda la noche, en el Prado, en Montevideo. ¿Y por qué siguen, año tras año, juntándose uruguayos y brasileños, en Masoller, homenajando al general Aparicio

Saravia, como una gran figura que significó para todo el todo el país y la región?

Queremos decirles por qué es importante reivindicarlo. Primero, porque es muy fácil de conciliar entre todas las fuerzas políticas actuales, o debería serlo. La reverencia debería ser unánime, y creo que lo es. ¿Por qué? Por qué él no se ciñó a hacer una doctrina económica. Cuando los blancos y Saravia hablamos de libertad, a veces se malentiende pensando que lo hacemos desde el punto de vista económico. No estamos hablando de liderar por oposición a las economías controladas del Estado, no estamos hablando en el sentido moderno, sino en el sentido natural y estricto. Hablamos de libertad como una cuestión inherente al hombre para ser hombre. Lo hacemos desde ese punto de vista.

Aparicio nos enseñó que la libertad no es un medio sino un fin en sí mismo. Eso después lo repicó y defendió Herrera, y más cercanamente Wilson Ferreira Aldunate, que lo dejó bien claro al embanderar y recuperar la democracia. Creemos que en cuanto a la libertad, es muy importante detenerse para recordar los conceptos que Saravia nos dejó. Tenemos que dejar bien claro que cuando se quiere asimilar la Revolución Saravista a otras revoluciones del mundo –digo esto porque lo he leído de muchos historiadores– sin duda alguna, la última revolución armada en nuestro país fue la de Aparicio Saravia. No hubo otra en la historia reciente que no sea la de Aparicio Saravia. Entonces fue una revolución para cambiar algo. Si uno hace revolución para cambiar algo y después resulta que otra vía era la correcta, entonces no es revolución. Después de esa revolución cambió el sistema electoral, que hoy gozamos. Hoy todos deberíamos irnos de acá diciendo: *“Gracias Saravia porque estamos en esta banca”*, porque, entre otros, quien dio esa posibilidad junto con toda su indiada –como él llamaba a la gente que lo seguía– fue Aparicio Saravia, que a través del voto representativo y parejo para todos logró ese cometido y que hoy estemos usufructuando –y que quede bien claro que no es nuestra– esta patria que hoy tenemos.

Entonces creo que realmente vale la pena mantener vigentes esos conceptos y reavivarlos, sobre todo, en estos momentos donde recién salimos de un acto electoral puro como el que Saravia soñó. Él nos enseña que “la patria es dignidad arriba y regocijo abajo”. Esa frase nos emociona a todos y es de las más conocidas de Aparicio. Hoy, investigando una frase nueva que no conocía, que llegó hasta estos días por un parte de guerra –que él enviaba a través de un chasque– que se quedó uno de sus hijos, decía: “Al enemigo hay que combatirlo con lo que haya o con las armas que tengamos, pero después de vencido hay que tenderle la mano como hermano nacido bajo el mismo cielo”. Eso es algo muy importante, porque alguna propaganda interesada, no de ahora, sino de antes, lo quería hacer ver como alguien superficial, como alguien poco humano y, quizás, hasta alguien alevosamente combativo; eso no es verdad.

Quiero terminar reflexionando con ustedes el concepto de libertad y de democracia que nos dejó Saravia. La democracia sí es el gobierno de la mayoría, pero respetando a las minorías y eso muchas veces se olvida; a veces se olvida ese final de la definición de democracia. El gobierno no es solamente la mayoría, sino que también se debe respetar a las minorías, y eso fue motivo de las guerras saravistas, por eso se bañó de sangre la patria en el pasado.

En fin, queremos en Saravia una figura que una, un modelo a seguir, quizás no un modelo político porque después hubo otros que dejaron su impronta y que realmente hicieron carrera política. A Saravia se le preguntó a quién quería como candidato de Presidente y contestó: “eso no es cosa mía, es cosa del Partido y de la gente, por las dudas pongan al más mansito”. Después fue electo Batlle, pero eso es otra cosa (hilaridad).

Compañeros y colegas, antes de pasar el vídeo les digo que van a reconocer la voz porque es de Alberto Candéau; es una parte de un recitado del mismo Candéau que hizo la proclama del obelisco y que también nos hablaba de libertad. Me pareció buen momento para citarlo.

Para terminar me gustaría decirles que sería muy bueno ponernos a pensar, en la Comisión que corresponda, que hay solamente dos nombres de calles que están en los 18 departamentos del país menos en Paysandú, una es Aparicio Saravia y la otra es Primero de Mayo; somos el único departamento que no posee esa nomenclatura en sus calles.

Muchas gracias, compañeros ¡Viva Saravia! (Aplausos)

SR.PRESIDENTE (Jesús): Tiene la palabra el señor edil Dighiero.

SR.DIGHIERO: Quiero puntualizar que no soy historiador ni investigador histórico, soy un estudioso de los temas históricos que me interesan y, en el caso de la historia de Saravia, por el hecho de estar dos generaciones por medio de sus patriadas, tuve el privilegio de compartir, con muchos de sus compañeros, historias que me penetraron la vida.

Creo que antes de hablar de este tema, tenemos que ubicar al Uruguay en el cual vivíamos.

En el año 1830, Uruguay contaba con 70 mil habitantes.

En 1875, poseía 450 mil habitantes y, en el 1900, un millón. Ese espectacular crecimiento habitacional que tuvo el país fue imputable a la migración europea y brasileña.

Después de la independencia, el país atravesó uno de los momentos más oscuros de su historia casi hasta final de siglo y, prácticamente, entre todos, logramos desmantelarlo.

Entre 1843 y 1851, el Uruguay pasó de tener siete millones de bovinos a tener dos millones. De los 200 mil habitantes que tenía, en ese período, 40 mil eran brasileños, que estaban alojados en el norte del país; en un principio ocupaban 470 mil hectáreas y terminaron el período ocupando un millón cien mil hectáreas, casi el tamaño del departamento de Paysandú.

Los europeos y los brasileños eran los principales propietarios rurales y urbanos, tenían el 56% de la propiedad montevideana y el 58% del valor de la propiedad rural; constituían el 35% de la población extranjera y, en 1908, esa cifra bajó al 17%. Hubo tiempos muy cruentos entre ese período y la caída de Paysandú (1865), que es donde inicia el período –con la seguridad del que no sabe, relato lo que siento más que lo que sé– del militarismo con Venancio Flores, que culmina el 19 de enero de 1868, “El día de los Cuchillos Largos”, donde también muere Berro, que era el presidente del Partido Nacional a quien le habían arrebatado el gobierno por las armas. Se inicia un período donde el Partido Colorado empieza a predominar con militares y sin militares, y lograron que de los 450 mil uruguayos, 25 mil blancos emigraran a Entre Ríos, perseguidos por sus oponentes. La cosa se tornó insostenible.

Otra de las vicisitudes que tiene Uruguay es que es el único país del mundo donde una avenida Sarmiento pasa por arriba de una avenida Bulevar

Artigas, quien fue el máximo héroe y enemigo de Sarmiento; en Montevideo, la avenida Sarmiento pasa por arriba de Bulevar Artigas, pero de eso que se hagan responsables quienes lo son.

En Argentina, entre 1870 y 1872, la gente de Sarmiento, después de terminar a Dorrego, empezó a empujar a los orientales radicados en Entre Ríos y eso logró que se iniciara la última revolución sin balas, “La Revolución de las Lanzas”. Esa Revolución fue hecha contra el gobierno de Lorenzo Batlle, padre de Don “Pepe”, que fue uno de los que implementó en el Uruguay la teoría de: “con mi partido y para mi partido” y “el peor de los míos es mejor que el peor de los otros”. A esto lo llevaron las circunstancias políticas porque hay que analizar al hombre. El Partido Colorado estaba dividido entre Gregorio Suárez –de triste memoria en Paysandú, como Goyo Jeta–, Máximo Pérez, Francisco Caraballo, Nicasio Borges, sanducero, radicado en la zona entre Algorta y Piedras Coloradas. Eran los caudillos rurales que le exigían determinadas cosas porque, fuera de Montevideo, Lorenzo Batlle, no tenía peso político. Esto llevo a culminar, como decía, “la Revolución de las Lanzas”, que terminó con la caída de Batlle, y en el gobierno provisorio de Tomás Gomensoro, donde se firma la Paz de abril, de 1872, empezó, por primera vez, a compartir Gobierno –como decía el edil Ífer– con la fuerza mayoritaria de la oposición.

Ya el Partido Blanco, en ese entonces también –y después voy a explicar por qué– se transformó en Partido Nacional. Al Partido Blanco le tocó Cerro Largo, Florida, Canelones y San José. En ese período los doctores, cosa que después el militarismo incentivó, se asustaron de los caudillos, y siguiendo la vieja línea de Domingo Faustino Sarmiento, colorados y doctores del Partido Constitucionalista y del Partido Nacional, terminaron fundando el Partido Nacional para terminar con ellos. No se daban cuenta de lo que también se terminaba al terminar con los caudillos, y ahí se formó el Partido Nacional. Terminó el gobierno de Gomensoro, y a partir de 1875 empezamos la época del militarismo en el Uruguay. En este entorno, Saravia, que había nacido en 1856, se hace hombre, y en un cónclave familiar, compañero Ífer, la familia lo elige para acompañar a Gumersindo en la Guerra de los Farrapos. Ahí van a caballo casi hasta San Pablo, dos mil kilómetros de la frontera. Ahí Aparicio demuestra su compleción de guerrero, recibe un balazo, que murió con él, alojado cerca de la columna, es herido más de una vez, y en la batalla de Passo Fundo, su hermano, tan temerario como él. Porque hay que ver lo que es, en una campaña donde no hay uniformes, como la mayoría de los luchadores de ese entonces siempre andaban vestidos de negro y en un caballo blanco, de poncho blanco, con sombrero blanco y con golilla blanca, porque decía que a él las balas no le llegaban, hasta que le llegó una en Masoller.

En esos años del 90 va –y como tú decías, edil Ífer- los brasileros eligen al “castilhao”, para terminar la Revolución Farroupilha, vuelve a Uruguay, empieza con el llamado Barullo del 96, porque Julio Herrera y Obes inicia la última gran acción aniquiladora del rival del Partido Colorado y comienza a desconocer el pacto de Abril del 72, por el lado de exigir que la policía tenía que tener un Jefe formado en el ejército. Los formados en el ejército eran todos colorados. Entonces, aquello que había obtenido la minoría del gobierno pleno de determinados sectores lo perdía por la fuerza de la maniobra. Ahí se produce el Barullo del 96, en que Julio Herrera retrocede, se tranquiliza la cosa y en el 97 vuelve, como decías tú, con cinco mil hombres distribuidos en 10

divisiones, y pelea contra el Ejército Nacional. Y la historia discute quien ganó, pero por lo menos el Partido Nacional se incrementó, ya estaba en 19 departamentos con los músculos de los blancos. Ahí empieza a decaer Julio Herrera y aparece un personaje de nuestra historia que ha dado vuelta el país pero que personalmente lo desglosó, Don Pepe Batlle, que profundiza las acciones de Julio Herrera y cuando está casi arreglada la situación generada por la Guerra de 1904, dice “ya es tarde”, porque le habían llegado las ametralladoras y había combinado con la Armada norteamericana la primera intervención del imperialismo americano en el cono sur. El día de la Batalla de Masoller estaba anclada la Armada Colorada en la bahía de Montevideo, porque el resultado de la guerra era muy dudoso.

Si uno lo analiza así, ese puede ser el Saravia de bronce, pero a mí me gusta analizarlo por algunas anécdotas que me contaron testigos presenciales y, algunas otras, las he leído, lo que fue Saravia hombre, lo que fue Saravia paisano, que hoy le diríamos “paisano progresista”, y lo que perdió el país con su desaparición, pero después lo volvió a rescatar.

Cuento algunas anécdotas. En el 96 le aducen problemas financieros los doctores que integraban el Honorable Partido Nacional para no ir a la guerra, y formaron una Junta de Guerra en Buenos Aires que le hizo las cosas imposibles hasta que Saravia dijo: *“prefiero dejar a hijos pobres y con patria y no ricos sin ella. Aquí están los títulos de mi campo para financiar la guerra”*. A raíz de eso se pudo hacer la Revolución. Y en mayo de 1897 –la Revolución había empezado en enero– la creciente lo enfrenta en el Paso Pereira del Río Negro, a su hermano Basilio, con quien intercambian cartas en una de las cuales aparece lo que él decía: *“La Patria es dignidad arriba y regocijo abajo”*. También en esas cartas aparece eso que es muy blanco del servidor. Yo y tal vez Beder lo conoció, al “Chiru” Cabrera en Guichón, que cuando iba a cobrar su pensión decía “yo fui servidor” y conocí a otros más también. Había que ver lo que era para esos paisanos haber sido servidores, porque fue el criterio del funcionario público servidor, nace de ahí. Y ahí también aparecen otras cosas; en todos los partes de guerra Aparicio los encabezaba con la palabra ‘compañeros’, por eso es que a muchos nos queda tan cómodo el término. También se habla de sacrificio y de ‘maturrangos’, que eran los estudiantes montevideanos que escribieron la gesta porque eran los que sabían escribir. Porque, entre otras cosas, más de una vez hubo enfrentamientos con Aparicio, porque como había que firmar la balota para votar, se formaban escuelas para enseñar a la gente a leer y escribir, para firmar. Y viene Aparicio y le dicen algo de lo que están haciendo y le contesta: ‘sí, esto es de gran valor, en mi pago está fulano, que no tiene los brazos, firma y vota por el Partido Colorado’. Opuesto a los bichos colorados, a los salvajes y a los yaguanés, como se le llamaba a Muniz, caudillo de Cerro Largo que pasó al Partido Colorado por alguna prebenda que otra. El yaguané es un pelo del ganado criollo que tiene, como la cebra, pero en lugar de ser de color negro la cerda y el lomo, es blanco, pasa por abajo y va hasta la garganta una línea blanca.

Además, el coraje de Saravia fue algo “de los Saravia”, porque “Chiquito” Saravia se hizo matar en la carga de Arbolito, que es un repecho –como el de Montecaseros, entre Florida y Uruguay– coronado por un cerco de piedras, donde estaba el ejército colorado con los rifles –me lo contó un sobreviviente. Y “Chiquito” Saravia dijo: *“Vamos a gastar sangre que las balas cuestan plata”*. Hizo la carga y casi llegó; mataron a su caballo y después a él.

En la batalla de Barros Blancos, cuando las fuerzas de Saravia se retiraban, se dedicaba a contenerlos. Allí estaba Florencio Sánchez y cuando pasó frente a él, Saravia les dijo: “¡Flojos, no se retiren!”. Por eso que después Florencio Sánchez terminó escribiendo “*Las cartas de un flojo*”, que todos conocemos.

Hay otras anécdotas, que son igualmente fuertes. Saravia era un hombre que dormía pocas horas y varias veces en el día, si podía. Siempre tenía el caballo ensillado y en la madrugada salía a recorrer los campamentos. Una madrugada se encontró con uno de sus soldados –al que tuve la suerte de conocer, pero no recuerdo su nombre– se sacó el poncho, temblaba de frío –porque además, estas revoluciones tenían que terminar entre octubre y noviembre por necesidades laborales de la campaña, por la esquila, entonces se desarrollaban desde enero y durante todo el invierno. No había elementos impermeables para protegerse –estas cosas las oí de gurí y me emocionó– y Aparicio se sacó el poncho y le dijo: “*Es injusto ver temblar de frío a quien nunca he visto temblar de miedo en una carga de lanza*”. Se dice que eran degolladores, estos y aquellos... Y eso es un mito, es una falsedad histórica. En estas revoluciones de Aparicio estaban expresamente penados los que tenían la tendencia de que se les fuera la mano –y a algunos cuantos, se les fue de ambos lados. El que da fe de esto, entre otros, es don Tomás Berreta, que después llegó a ser presidente del Uruguay. Fue hecho prisionero en la batalla de Fray Marcos, batalla que significó una gran derrota para las fuerzas del gobierno, y a los dos días lo soltaron en la costa del río Santa Lucía.

Otra faceta de Aparicio que demuestra cómo era. Alejo Rosell y Rius se puso a hacer una colecta para comprar dos cruceros para donarlos al Estado. Esto fue en 1903 –tal vez fue el momento de mayor esplendor de Aparicio Saravia en el barullo del 1903. Ahí surge otra aberración histórica, en Nico Pérez, que era el nudo ferroviario, capital de Saravia, hoy la estación lleva ese nombre, pero el pueblo se llama José Batlle y Ordóñez. Eso también demuestra que en determinado momento no hubo la grandeza necesaria. Rosell y Rius inicia esa colecta y Saravia le escribe: “*No voy a donar nada porque estoy convencido que hacen falta escuelas y caminos y no barcos de guerra, que serían exclusiva propiedad de la oligarquía dominante a la que vendrían a prestar nuevo y poderoso auxilio*”.

Y llegamos a la Revolución de 1904. Ya Aparicio había demostrado quien fue y lo único que hizo fue derrochar valor –tuve dos tíos abuelos que estuvieron en la batalla. Aparicio cometió un error militarmente histórico porque acampó, igual que el ejército colorado, en el 97, en la famosa Cruz de Arévalo que está en el Queguay –solo se puede llegar allí con la guía de un baquiano, tal vez el edil Beder la conoció. Los desertores del ejército colorado se refugiaron, Queguay por medio, en Andrés Pérez –Rincón de Pérez.

El 1° de marzo de 1904 Aparicio había mandado a Carmelo Cabrera, que era su ingeniero militar, a volar el puente de Paso de los Toros –porque él venía del sur y sabía que a caballo no lo alcanzaba. La retaguardia de Aparicio era conducida por el comandante Gutiérrez, a cargo de la división Flores; se comunicaban mediante chasques, pero tenía fama de no ser demasiado valeroso. Parece que Aparicio decía “*está pitando el flojo, el comandante Gutiérrez*”, y acampó así. ¿Qué había pasado? Carmelo no había podido volar el puente de Paso de los Toros –que era el único puente que pasaba el río Negro, en ese momento en el Uruguay, porque el otro iba por el sur hasta

Melo— y no le pudo avisar a Aparicio que no lo pudo volar. Y Gutiérrez que estaba a la altura del Cerro Bombero, en Merinos —los que conocemos la zona sabemos que desde allí se ve prácticamente hasta Paso de los Toros— le venía avisando que se venían los colorados, pero Aparicio no hizo caso. Entonces acampó como un turista. Y ahí perdió el parque —no sé si es por eso que se llama el Paso del Parque. Se le llamaba parque a las armas y municiones que llevaban en las carretas, que se las habían quitado al ejército colorado, en Fray Marcos. Aparicio decía: *“no precisan balas, las balas las traen los colorados, se las vamos a quitar”*. Eso respondía cuando le avisaban que estaban desarmados. Entonces frente a eso, se consideró integralmente responsable de la derrota y fue de los últimos en pasar el Paso del Parque, en la retirada. Me contaba uno de mis tíos abuelos que a uno de ellos le mataron el caballo y lo salvó uno que lo enancó, y pasaron entre los últimos. Cruzaron el Daymán, se fueron hasta Arerunguá —que estaba crecido— y volvieron en la noche, por la costa norte del Daymán, y volvieron a pasar el Parque. Estaba prohibido fumar, les sacaron las coscojas a todos los frenos, les hizo sacar las espuelas para no hacer ningún ruido, porque pasaba lo que iba quedando del ejército, que serían tres o cuatro mil hombres. Pasaron entre el río Daymán y el ejército colorado acampado a dos mil metros. Murió Saravia, pero todavía quedó enfrentado con don Pepe Batlle colorado. Sus amigos y compañeros, Carlos Roxlo y otros, presentaron la primera ley de ocho horas de este país, que don Pepe Batlle batllista, después de su viaje a Europa, tuvo que llevarla adelante, como todas las reformas que hizo. Hay dos Pepe Batlle: Pepe Batlle era valeroso al extremo y lo demostró en la Revolución del Quebracho y don Pepe Batlle batllista era progresista, vuelto de Europa, socialdemócrata. Y con los seguidores de Aparicio pasó lo mismo, los blancos que seguían a Aparicio se fueron opacando, después vino la Constitución del 18, del 19, después los sucesos del 30; Herrera era embajador o cónsul en Estados Unidos, no sabía andar a caballo y se vino para la Revolución de 1904; no sabía andar a caballo pero, aún así, abandonó todo y se vino.

Fue languideciendo el Partido hasta que rescataron los ideales de Saravia: la SIDE, que encabezó Iglesias, por orden de Wilson Ferreira, la apoyó Astori y otros que hoy son reconocidos políticos nacionales. Pero eso también languideció hasta que, en los últimos diez años, el programa Progresista que inició Aparicio, que cultivó la SIDE y que ejecutó el Frente Amplio, nos ha permitido militar a favor de él.

Creo que Aparicio es de esas figuras que no tiene muchos duplicados en el mundo y por eso es que me siento tan conforme de ser blanco-frenteampalista. Muchas gracias.

(Aplausos)

SR.PRESIDENTE (Jesús): Tiene la palabra el señor edil Luis Suárez, por el Partido Colorado.

SR.SUÁREZ: Tenemos visiones históricas diferentes con el Partido Nacional, pero nos parece que un homenaje no es un momento para marcar las diferencias, sino para tratar de buscar las cosas que nos unen.

Hoy nos reverenciamos ante Aparicio Saravia y, en su nombre, ante todas aquellas personas que murieron en defensa de sus ideas.

Dentro de la historia de la creación de nuestra República hubo dos grandes figuras que sobresalieron nítidamente por encima de los demás: José

Batlle y Ordóñez y el general Aparicio Saravia. Dos hombres duros, recios y convencidos de sus ideales.

Existe una anécdota de Batlle y Ordóñez de cuando se entera de la muerte de Saravia. En ese momento, se encontraba en compañía del pintor Figari y este cuenta que cuando Batlle recibió la noticia su rostro se alteró, se puso de pie, caminó algunos minutos en derredor de su escritorio y dándose vuelta le comentó al artista: “y pensar que era un gaucho bueno”.

Esta reacción fresca y espontánea de Batlle, cuando la noticia de la muerte del adversario le golpea bruscamente, expresa con mayor claridad que cualquier escrito, la síntesis de aquellos años de forja en la que la gente luchaba y se jugaba la vida por sus ideas y por sus convicciones políticas, pero sin odios irracionales, sintiendo, en el fondo, un profundo respeto por el adversario ocasional. Gracias, señor Presidente.

(Aplausos)

SR.PRESIDENTE (Jesús): A los efectos de culminar la sesión, pasaremos un breve vídeo.

(Se proyecta vídeo)

(Finaliza la sesión a la hora 20:25)
